

EL SABOR DE LA FE

Quisiera hablarles sobre el sabor de la fe. No hay nada en este mundo que sea insulso. En la materia, en el hombre, en la vida, etc., no hay casi nada que carezca de sabor. Si de la vida se retirara el sabor, ésta se volvería sosa y desaparecería completamente el ánimo para vivir. Por lo tanto, no sería exagerado afirmar que la raíz del apego del hombre a la existencia, consiste en el sabor que le ofrece la vida. El ideal de la fe tiene que ser el de alegrar la vida, darle tranquilidad y permitir que se disfrute del sabor de vivir. Entonces, las cosas de la naturaleza se transformarán: las flores, el viento y la luna, el cántico de los pájaros, la belleza del agua y de la montaña pasan a ser percibidos como dádivas divinas para alegría de los seres humanos; y llegamos a agradecer el alimento, el vestuario, la casa como una bendición, hasta simpatizar con los seres irracionales y con los inanimados, tales como insectos, peces, árboles, hierbas, etc. Es el estado de éxtasis. Cuando me enfrento a algún problema de solución extremadamente difícil, me remito a los cuidados del Absoluto y dejo pasar el tiempo. Muchas experiencias me demostraron que tal práctica da resultados mejores que los esperados y casi nunca se presentaron las circunstancias que me causaban preocupación. Más aún, ellos sobrepasan todos los deseos formulados con antelación. Por eso, si surge cualquier acontecimiento desagradable yo confío en Dios; luego, admito que esto es presagio de buenos acontecimientos, e instantes después, comprendo que el mal aparente terminó con la venida del bien. Entonces, las preocupaciones se tornan ridículas y comienzo a agradecer. Yo creo que mi vida es una sucesión de milagros. Es lo que llamo el asombroso sabor de la fe.